

MULTIDIMENSIONALIDAD, COMPLEJIDAD Y DINAMISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA LINGÜÍSTICA Y EN SU DEFINICIÓN DEL CONCEPTO *TRADICIÓN**

Miguel Cuevas Alonso**

Resumen: Utilizando el concepto de “tradición”, el autor discute aspectos metodológicos provenientes de la doble perspectiva de investigación historiográfica en ciencias del lenguaje: una en la cual se insiere el objeto cultural que se pretende analizar y otra en que se insiere el investigador.

Palabras clave: metodología de la historiografía lingüística; tradición; texto en escala.

MARCO GENERAL

■ Cualquier trabajo de historiografía lingüística o más concretamente de historia de la lingüística ha de enfrentarse necesariamente, sobre todo si se tratan periodos temporales alejados al momento de la investigación, al hecho de que en la construcción de los textos objeto de estudio y en su recepción tiene un especial interés todo aquello relacionado con el momento social, cultural, etc. en el que se elaboran así como los presupuestos teóricos y aplicados con los que se realiza la recepción. Como sucede en otras disciplinas, el conocimiento (lingüístico) está condicionado social e históricamente.

En numerosas ocasiones, este contexto dista mucho del que se corresponde con el momento temporal y epistemológico en el que se aborda un trabajo de historiografía lingüística. Surgen así los problemas, como observó Ricoeur, de aplicar el concepto de “realidad” al pasado, de la correspondencia entre discursos, textos y la realidad que se pretende construir cuya validez podría descansar,

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto *Lingüística Española en Asia (Fase I)*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (ref. FFI2010-19944).

** Doutor em Filologia Hispânica pela Universidade de Vigo. Professor do Departamento de Língua Espanhola da Universidade de Vigo. E-mail: mcuevasalonso@gmail.com.

lejos del “principio de actitud imparcial” rankeano, en considerar como probables las relaciones que el historiador establece (CHARTIER, 1992, p. 77-79), de modo que cualquier texto se convierte en un organismo cuyas propuestas de interpretación se van enriqueciendo y afinando en la propia interpretación (LLEDÓ, 1991, p. 48).

Por tanto, no podemos hacer una historia descarnada, “un universo de abstracciones donde el pensamiento parece no tener límite al no tener dependencia” (CHARTIER, 1992, p. 17), que nos haga perder la visión unitaria y plena de sentido. Antes bien, coincidimos con Lledó (1991, p. 18) en afirmar que tanto la “realidad” reflejada en los textos gramaticales, como la que elaboramos los historiadores de la lingüística con los objetos culturales de los que nos valemos, es una construcción que “modifica la exterioridad, estructurándola como conocimiento humano [...] un sistema de relaciones formales que consolidan determinadas perspectivas”. Así, para la nueva historia (BURKE, 1993) la actividad humana se convierte en una construcción cultural dinámica en las dimensiones temporal y espacial y se preocupa de la historia desde abajo – los textos no canónicos, las series, etc. Nos convencen las palabras de Schökel y Bravo (1997, p. 37) cuando afirman que “los textos no son productos necesarios de causas físicas”, no hablan por sí mismos al margen de la teoría que sostiene la estructura conceptual que permite definir el objeto de la investigación (YTURBE, 1993, p. 208-209); no son más que “significantes presentes de unos significados pasados” (MORADIELLOS, 2001, p. 60-61), de modo que “la necesidad de entender, de interpretar, de descubrir contextos y resonancias es una característica esencial del mismo proceso de la cultura” (LLEDÓ, 1991, p. 80).

Es en este contexto en el que la noción de *tradición* adquiere un significado auténtico y se nos presenta desde una doble perspectiva: la tradición en la que se inserta el objeto cultural que nos disponemos a analizar y aquella en la que, como investigadores contemporáneos, estamos insertos – ambas pueden ser o no coincidentes en el tiempo y en el espacio.

Al analizar el pensamiento de Ricoeur, Cruz (2008, p. 170) propone la hipótesis de que “lo pensado en el siglo puede organizarse alrededor de la categoría de ‘tradición’, que vendría a ser una unidad coherente de problemas que intenta dar cuenta de las incitaciones de su presente”. Esta definición, como veremos, puede muy bien aplicarse a la historia de la lingüística, ya que es en este sentido en el que cada una de las obras que componen la historia de nuestra disciplina adquieren verdadero sentido en la constitución de una tradición en la que cada lingüista, incitado por su presente, se enfrenta a lo lingüístico, dando lugar a objetos culturales muy diferentes como resultado del esfuerzo por adecuar, completar, rechazar, etc. los planteamientos previos que constituyen la misma idea de tradición en un momento determinado, especialmente desde el momento en el que en la tradición occidental se inicia el gran proceso de gramatización de las vernáculos europeas y de las lenguas “exóticas”.

Respecto a la segunda dimensión, la filosofía de la historia nos recuerda que el punto de vista con el que se aborda un objeto cultural determinado no es sinónimo de parcialidad ni un defecto en sí mismo sino un presupuesto más – una obviedad epistemológica – (ROSSI, 1990) que debemos tener en cuenta al enfrentarnos al trabajo historiográfico: “percibimos el mundo sólo a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a otra” (BURKE, 1993, p. 19). El propio Koerner (1993) nos recuerda que es muy difícil

separarse de nuestra perspectiva contemporánea en el análisis de las fuentes lingüísticas del pasado.

Se trata, en definitiva de asumir que las obras lingüísticas establecen relaciones y que nuestra investigación no puede interpretar el pasado sin una perspectiva particular, un punto de vista sobre la fuente que “sin embargo, debe ser escrupulosamente fiel a la fuente” (VILLACañas; ONCINA, 1997, p. 44).

LA LECTURA DEL OBJETO CULTURAL

Asumidas las premisas anteriores se hace necesario el establecimiento de un marco interpretativo. Nuestra propuesta en este trabajo es observar este proceso dentro de una teoría general de la interpretación con el fin de evitar una excesiva relativización de la importancia que, desde el punto de vista del historiógrafo, tiene la reconstrucción de la identidad de los objetos que maneja en el marco de la doble dimensión señalada para la idea de *tradición*. Y es que “el historiógrafo es, ante todo, lector” (LABORDA, 1994, p. 324) que se apropia del lenguaje del otro y establece un extenso mundo de medicaciones (LLEDÓ, 1991) que “comunican la abstracción de la ciencia con las formas expresivas y conceptuales que se infiltran en lo social con el poder de lo que es un factor de vida” (LABORDA, 1994, p. 330) – primera dimensión del concepto *tradición* – para transformar “la opacidad del lenguaje de los textos históricos en significativa eficaz para el lector presente” (LABORDA, 1994, p. 329) – segunda dimensión de *tradición*.

Pretendemos elaborar una interpretación hermenéutica y descriptiva, aspectos señalados ya por otros investigadores para el ámbito de la historia de la lingüística (SWIGGERS; DESMET; JOOKEN 1998, p. 39). Conseguimos así una “reactualización hermenéutica [...] de las reliquias y pruebas históricas disponibles y la consecuente construcción de un relato contextualizador e imaginado” (MORADIELLOS, 2001, p. 79) pero que “en modo alguno equivale a la irrealidad esencial o ficción libremente imaginada” (MORADIELLOS, 2001, p. 262). No se trata de una ficción mítica sino el resultado de entender la historia como un conjunto de “sistemas dinámicos y complejos cuyos componentes básicos son individuos operativos que mantienen entre sí relaciones e interacciones de naturaleza social y suprasubjetiva” (MORADIELLOS, 2001, p. 268).

En nuestra lectura de las obras lingüísticas, como en la interpretación de cualquier texto – entendido en sentido amplio (oral o escrito) –, cobra especial relevancia la noción de contexto a la que nos hemos referido con anterioridad, entendido como un entorno cognitivo mutuo, un conjunto de conocimientos y de creencias sobre el mundo del que se selecciona un subconjunto de supuestos que se convierten en fácilmente accesibles para la interpretación, que se activan en ese mismo momento y que están en continua negociación y actualización – mucho más cuando autor y lector están tan separados cronológica y epistemológicamente. Su necesidad radica en que sobre él y sobre nuestro conocimiento del mundo se basan las inferencias en las que se sostiene nuestra interpretación.

Pero dado que nos encontramos con dos realidades (emisor y receptor) en ocasiones distantes, podemos hablar de dos contextos o de dos momentos contextualizadores entre los cuales encontramos al texto como punto de unión; estos se vinculan estrechamente con las dos facetas de la idea de *tradición*.

Por un lado y como señalan López Alonso y Seré (2001, p. 35), el texto es una unidad significativa y un producto social que “está estrechamente relacionado con el universo cultural en el que es concebido. Las condiciones sociales de producción son, pues, un filtro que influye directamente en la creación del texto” y que “arrastra [...] la huella de los demás textos que han sido escritos anteriormente, y está sometido a las condiciones reales que dictan las prácticas discursivas reglamentadas que articulan el texto con su contexto” (LÓPEZ ALONSO; SERÉ, 2001, p. 35); este contexto ha de ser reconstruido necesariamente por el historiógrafo para preservar su inmanencia historiográfica o interpretativa (cf. por ejemplo, KOERNER, 1976, 1987, 1993) y ha de permitirnos interpretar los textos desde la “perspectiva vital” en que resultan inteligibles (DUQUE, 1993, p. 144).

Así,

El contenido de una gramática no es propiamente “la historia de la lingüística, de los conceptos gramaticales, de la gramática, etc.”, sino la imagen o la representación de la lengua que, reconstruida por el gramático, se nos ofrece en el texto gramatical a través del andamiaje teórico y gramatical del que se sirve el gramático o, en todo caso, lo que se nos dice acerca de la gramática de esa lengua. Tampoco creo que pueda decirse que la forma del texto metalingüístico sea la “lengua de las gramáticas” – escrita, descrita o prescrita –, sino, más bien, todos aquellos aspectos que tienen que ver con la organización y la forma del texto, concebido como un todo significativo; es decir, aquellos que se desprenden del análisis formal (el paratexto y el párrafo), las huellas formales que puedan dejar los mecanismos prototípicos de secuenciación y los elementos formales a través de las cuales se consolida la cohesión del texto o se construye su coherencia en los niveles locales y en el nivel global el lingüista debe afrontar el texto metalingüístico, ante todo, como texto que es. Y analizar un texto, cualquier texto, exige atender a los dos puntos de vista, intertextual e intratextual, que determinan su funcionamiento (ESPARZA TORRES, 2006, p. 80-81).

Además, la asunción de que no todos aquellos que pueden leer un texto lo hacen del mismo modo puesto que tienen diverso “utillaje intelectual” y diversa relación con el texto (CHARTIER, 1992, p. 51 et seq., 107 et seq.) resulta en que el texto sometido al análisis historiográfico está escrito con diversas claves de interpretación y dirigido a determinado tipo de lectores, lo que Chartier (1992) denomina el “campo social de recepción”. Aplicar en su interpretación el contexto activo en el virtual lector coetáneo al texto y al conocimiento que transmite le permitirá interpretarlo con los parámetros de la época.

Por otro lado, el conocimiento del investigador del siglo XXI – de la tradición previa y posterior a los textos que analiza, de su repercusión y de los conocimientos lingüísticos actuales – le faculta para observar desde una perspectiva enriquecida que permite valorar con otros ojos las aportaciones del pasado.

Por ejemplo, en la tradición misionero-colonial existen al menos tres claves fundamentales cuyo conocimiento dan por hecho los autores de las artes en sus lectores: a) los textos sagrados para la Iglesia Católica, los de sus padres en la fe y la doctrina, en el plano religioso, b) los valores morales y cívicos y c) en el plano gramatical, la tradición occidental y la misionero-colonial previa. Estas son las claves que el historiador de la lingüística debe conocer a la perfección cuando se acerca a estos textos para realizar una interpretación encarnada, construida “en la discontinuidad de las trayectorias históricas” (CHARTIER, 1992, p. 53).

Por consiguiente, como historiadores de la lingüística debemos abordar un objeto de estudio poliédrico que demanda ser tratado desde una perspectiva multidimensional (SWIGGERS, 1990, p. 27) en la que determinar el contexto que rodea la creación de un texto, en nuestro caso lingüístico, cobrará una especial relevancia. Si “interpretar un texto implica una interacción entre las informaciones explícitas del contenido y los conocimientos generales, específicos o típicos que el lector posee” (LÓPEZ ALONSO; SÉRE 2001, p. 53) y si los supuestos activos en la mente de este receptor han de ser mutuamente manifiestos, es evidente que quien construye el texto ha de hacerlo con ellos en mente y el historiador lingüista debe interpretar sus objetos analizando la relación que mantienen emisor y receptor y, por tanto, a la luz de la doble contextualización. Ya no nos encontramos ante una interpretación meramente explicativa; el texto y el autor son cofactores correlativos en coexistencia de otros que son condicionantes en la interpretación. Así pues, no se trata de una hermenéutica exclusiva del autor o del texto como variables únicas y exclusivas. La obra trasciende al autor e, incluso, al momento histórico y, por esta razón, es objeto de estudio en el presente (SCHÖKEL; BRAVO, 1997, p. 16-18, 27 et seq.).

LA TRADICIÓN Y LAS NOCIONES DE MULTIDIMENSIONALIDAD, SERIALIDAD, NO LINEALIDAD, DINAMISMO Y COLINEALIDAD

Hemos indicado con anterioridad que la interpretación de un texto en su contexto y la tradición en la que se inserta tanto desde el punto de vista del momento en el que se gesta como en el del investigador lo convierte en un objeto poliédrico que establece relaciones de carácter dinámico. Entendemos que se han de superar la consideración de los modelos de cambio como modelos únicos, especialmente en las ciencias sociales donde, como señala Yturbe (1993, p. 221), no existe en la actualidad un modelo de cientificidad único. La propuesta de Estany (1990) desea abordar la construcción de una tipología y delimitar y analizar como problemas diferentes los diversos elementos implicados en el cambio. A este marco conceptual lo denomina esta investigadora “modelo de dinámica científica”. Esta concepción contempla la posibilidad de estados estáticos, lo que, al igual que en cinemática, no implica que no existan fuerzas (internas o externas con resultante cero), o dinámicos, es decir, en la que existen fuerzas que actúan sobre el sistema con resultado no nulo.

El proceso de gramatización de lenguas a partir del modelo grecolatino que inundó todo el Renacimiento y que se extendió al menos a lo largo de los siglos XVII y XVIII sólo puede ser explicado en nuestra opinión desde esta perspectiva dinámica del cambio. Quizá el proceso más importante de esta realidad sea la variación conceptual que sufren los términos metalingüísticos grecolatinos en su aplicación a realidades lingüísticas nuevas.

Superamos de este modo una perspectiva exclusivamente histórico-crítica y aceptamos la posibilidad de la existencia de condicionamientos múltiples, una concepción en la que convergen la idea de que el proceso histórico no es estrictamente lineal, ni la ciencia, acumulativa – gran descubrimiento del siglo XX.

Esto supone, por ejemplo, que en el caso de la ingente empresa gramatizada de los siglos XVI a XVIII nos encontremos con aspectos teórico-metodológicos que mantienen cierta estabilidad – por ejemplo, la aplicación del modelo grama-

tical – con otros que, a partir de estos, evolucionan como resultado del reconocimiento de las particularidades que presentan las lenguas objeto de análisis – lo que algunos han definido como la reformulación de la referencia desde la observación empírica de las lenguas. La visión universalizada de algunos aspectos del modelo grecolatino es resultado del dinamismo surgido de la tensión entre tradición e innovación.

Estos son, quizá, los elementos fundamentales en la consideración de aquellos textos que constituyen una serie con elementos comunes y condicionados por factores similares en su proceso de gestación pero que se caracterizan por ser el resultado de factores socio-culturales diferentes – gramáticas de las lenguas vernáculas en Europa, de las amerindias y de las filipinas –, por influencias lejanas o más cercanas en el tiempo – la tradición occidental, la misionero-colonial de América y, por último, la filipina. Por su contenido, estos textos pueden ser comprendidos sin conocer todos esos factores co-condicionantes; no obstante, analizar estas variables nos capacita en el proceso de interpretación y de la determinación del sentido de un texto individual dentro de su serie o de series temporalmente paralelas, con relación al momento histórico-cultural y con respecto a otras tradiciones de gramatización de índole semejante.

Pero, además, en la consideración de la idea de *tradición* tiene especial importancia la determinación de las condiciones iniciales. Stephen Hawking y Mlodinow (2010, p. 33) lo expresan con una metáfora cristalina (pero con referencia a la física):

Si, por ejemplo, en el instante cero una paloma deja caer algo verticalmente, la trayectoria del objeto que cae queda determinada por las leyes de Newton. Pero el resultado será muy diferente según que la paloma, en el instante cero, esté quieta sobre un poste telegráfico o volando a treinta kilómetros por hora. Para aplicar las leyes de la física, necesitamos saber cómo empezó el sistema, o al menos su estado en un instante definido.

En efecto, la historiografía ha de proceder del mismo modo. Solo el conocimiento de las condiciones iniciales nos permitirán analizar y determinar cómo se produjo la evolución de la lingüística como un tejido complejo causado, según Swiggers (1984, 1991, 2009), por tres aspectos:

1. La existencia de tradiciones que divergen por su emergencia, su desarrollo y su dinámica interna, así como por el hecho de que se encarguen de áreas particulares.
2. Se entretejen realidades sociales, personales, intelectuales, culturales, etc., así como procesos conceptuales que “son subyacentes a varios tipos de actividad científica”.
3. Los productos de la investigación en la Historia de la Lingüística es muy diverso y cristaliza en manuales, descripciones de lenguas, investigaciones histórico-comparativas, de planificación y política lingüística, etc.

A esta clasificación inicial han de añadirse aquellos elementos o parámetros que se identifican al profundizar en las diversas dimensiones de análisis, descripción e interpretación de los textos lingüísticos (SWIGGERS, 2009, p. 69): la cobertura, la perspectiva – interna o externa –, la profundidad del análisis – des-

cripción, análisis histórico-crítico, explicación evolutiva y de parentesco, etc. –, la exposición – secuencial, tópica o combinatoria –, la intencionalidad del historiógrafo – taxonomía, apologética, teleológica, exegética, etc. – y del programa cognitivo – atomística, nocional-estructural, arquitectónica-axiomática o de correlaciones entre la lingüística y el contexto.

Una variable que adquiere especial importancia para la correcta interpretación de las obras lingüísticas es su posible consideración como textos seriales. En un artículo titulado “Textos de referencia y conceptos en las teorías lingüísticas de los siglos XVII y XVIII”, la profesora Hassler (2003) reflexiona sobre la trascendencia de las series de textos en relación con aquellos llamados canónicos. En su definición de *serie* determina los criterios que pueden ser utilizados para el establecimiento de estos conjuntos seriados:

[...] un conjunto de textos individuales, impresos o manuscritos, que tratan del mismo tema en la misma rama epistemológica o sin metodología declarada, pero con el mismo objetivo y en condiciones comparables. A estas últimas se pueden añadir relaciones sociales inmediatas o relaciones por correspondencia entre los autores de los escritos en cuestión, exigencias académicas y normas de producción de textos (HASSLER, 2003, p. 561).

Pese a las dificultades metodológicas que en ocasiones plantea la elección de pautas para determinar el carácter serial de este tipo de evidencias, esta investigadora afirma que “la investigación de series textuales es, sin embargo, un complemento importante que se debe añadir al análisis de los grandes textos que siempre han sido el objeto preferido de la historiografía de la lingüística”, puesto que ayudan a entender la complejidad del proceso de formación de las (sub)disciplinas lingüísticas y “permite reconocer el carácter dinámico de la Historia de la Lingüística, que traspasa el horizonte de la obra de un solo investigador” (HASSLER, 2003, p. 561-562); además, esta aproximación a la historia de la lingüística contribuye “a hacer más comprensible la realidad de los procesos estudiados en sus aspectos cuantitativos, personales, institucionales y, sobre todo, argumentativos” (HASSLER, 2003, p. 584).

En el mismo sentido se había pronunciado años antes (SWIGGERS, 1990, § 3.2) respecto al tratamiento de los “textos marginales”. Quizá con una perspectiva menos amplia que la de la romanista, este investigador señala como problema de la disciplina historiográfica, a nivel heurístico, la exclusión de la producción gramatical “menor” (SWIGGERS, 1990, 2004) y manifiesta la importancia de estas obras marginadas porque, a menudo, “*throw light on the institutional, ideological and personal background of linguistic views and theories*” (SWIGGERS, 1990, p. 28), la concepción de los autores y sus obras y el desarrollo de las ideas lingüísticas (SWIGGERS, 2004, p. 124).

Y es que, en efecto, el análisis historiográfico de las ideas lingüísticas no sólo ha de procurar conclusiones sobre el modo en que se trata lo lingüístico en determinadas épocas, sino que ha de aportar, también, algún tipo de conocimiento sobre cómo se ha formado nuestra disciplina y cómo se ha constituido en lo que es actualmente:

We can see in them the “kitchen” of ideas and models, in their emerging state, and sometimes we also find in them opinions on colleagues’ work, self-appreciations, and reflections on scientific practices and orientations which are never found in the published sources (SWIGGERS, 1990, p. 27).

Así, en la reflexión de estos dos investigadores, adquiere pleno significado la concepción de Schorske (apud CHARTIER, 1992, p. 41) de la interpretación del objeto de la historia en función de dos ejes, que han de constituir también, en nuestra opinión, la vertebración de la noción de *tradición*:

1. El *vertical* o *diacrónico* relaciona el texto o sistema de pensamiento con construcciones previas de la misma rama de la actividad cultural.
2. El *horizontal* o *sincrónico* se extiende hacia los contenidos de otras ramas o aspectos de la cultura de ese momento.

Nos encontramos, pues, ante una doble dinámica: a) la interna a la propia disciplina y b) la que se establece con el doble contexto al que nos hemos referido con anterioridad. No puede marginarse el hecho de que los objetos culturales con los que trabajamos constituyen una serie que, a su vez, mantiene relaciones con serie/s jerárquicamente superior/es e inferiores, por un lado, y, por otro, con la gestación de otras series paralelas – fruto de tradiciones diversas – con las que comparten características similares o de las que difieren notablemente.

¿Podría tomarse esta aproximación como una cuestión de escala aplicable también a la noción de *tradición*?¹ Entendemos que sí, al menos por el momento y con carácter operativo. Si hacemos propia la siguiente reflexión de Teso (2004, p. 75) sobre el conocimiento:

El conocimiento apetece geometrías regulares más que formas de transición y prefiere la quietud y la repetición al movimiento y la creación. Tanto más se amolde a estas apetencias un fenómeno determinado, más parecerá ser el caso central de lo que se esté estudiando; y tanto más se aleje más parecerá un caso marginal que se resolverá con el tiempo, cuando los estudios fácticos estén más maduros. El problema es que a veces esa causa quieta, repetida y regular que buscamos se esconde tras procesos que nos parecen a simple vista fluctuantes y que instintivamente relegamos al desván de lo marginal. Y lo que se nos presenta quieto y regular a la primera mirada nos insinúa desde el principio un camino engañoso,

es fácil darse cuenta de que no sólo es importante el estudio de las grandes líneas gramaticales sino también las fluctuaciones consideradas tradicionalmente como marginales, como sucede, por otro lado, en otras disciplinas del mismo campo como la microhistoria, por ejemplo. Explicado en términos del mundo en que vivimos, bajo la quietud aparente del mundo que nos rodea subyace la maravillosa esfera del cambio continuo. Nuestra tarea, como la de los físicos, es intentar explicar las relaciones existentes entre ambos planos.

Ante esta situación, sólo podemos afirmar que el concepto “escala” también ha de ser objeto de reflexión por parte del historiador, y esto debe ser así porque, en muchas ocasiones, la reducción de escala puede modificar la forma en la que

1 Cf. Levi (1993). Sobre la disolución del problema de articulación de escalas, que no abordaremos en este trabajo, puede consultarse el “Epílogo” en Cruz (2008). Al hablar de este concepto debemos hacer, al menos, una apreciación importante. Nada más lejos de nuestra intención que defender el abandono de la perspectiva global, lo que podría enfrentarnos, como señala Cruz (2008, p. 231 et seq.), a una “pulverización asignificativa del objeto”. Entendemos con este investigador que lo particular ha de entenderse como *pars pro toto*. Por tanto, tampoco subyace en nuestro pensamiento la idea de la irrepitibilidad de los eventos, etc. de la historia, presupuesto básico de algunos subjetivismos. La propuesta de interpretación de los textos, y concretamente de las series de textos, que apuntamos a continuación nos aparta, creemos que notablemente, de estos dos apriorismos metodológicos.

entendemos fenómenos que ya habíamos considerado descritos o entendidos desde una práctica a mayor escala (LEVI, 1993), en definitiva, permite reconsiderar los criterios que nos sirven en la determinación de conjuntos homogéneos a partir de la aplicación de la noción de *tradición*.

Así, las series de textos, que conforman sistemas a menor escala que el estudio de las grandes tradiciones o de los textos “canónicos”, constituyen complejos dinámicos gracias a los vínculos que estas obras establecen entre sí. Estas relaciones, forjadas, fundamentalmente, aunque no exclusivamente, por el reconocimiento de una tradición propia como fuente de autoridad en el proceder descriptivo, las caracteriza y nos permite no descender hasta el más nimio detalle para abordar su interpretación.

Pero, además, estos sistemas dinámicos también armonizan con otras dinámicas que pueden constituir, a su vez, series de textos. La investigación en las gramáticas misionero-coloniales, por ejemplo, es un estudio en una determinada escala – a más pequeña escala podríamos, incluso, situar conjuntos organizados por lenguas, órdenes religiosos y, si descendemos aún más, por autores o por problemas gramaticales determinados – que ayuda a explicar las relaciones que se establecen en sistemas dinámicos complejos a mayor escala: las series de textos de época misionero-colonial, las relaciones de la tradición española con otras tradiciones que presentan características similares – francesa, inglesa y portuguesa –, el gigantesco y multilingüe proceso de gramatización que se inicia durante el Renacimiento y, casi en último lugar, la tradición gramatical greco-latina (con las influencias de la tradición gramatical hebraica).

No podemos olvidar que este carácter dinámico de la historia de la lingüística apoya la consideración de la metodología neopositivista o popperiana como insuficiente. Rossi (1990, p. 53), al referirse a las disciplinas científicas, observa que este tipo de modelos

[...] ha descuidado estos momentos [los aspectos dinámicos, el surgimiento de nuevas ideas, los contextos tradicionales, etc.] y los problemas conexos a ellos: ha tomado en consideración los edificios construidos y no los modos de la construcción, los estilos ya realizados y no el surgimiento de estilos nuevos, los individuos que han llegado a la madurez y no su nacimiento y formación;

consideraciones similares han causado que se haya trasladado el constructo epistemológico del momento coetáneo a la investigación a los textos del pasado o a textos contemporáneos a este que no comparten, sin embargo, el mismo punto de vista. El caso más extremo de esta “perversión” en nuestra disciplina pueden ser aquellas investigaciones que emiten juicios de valor, normalmente negativos, sobre la adecuación, validez, superación, etc. de los análisis lingüísticos realizados en épocas pasadas a la luz – mejor dicho a la sombra – de los presupuestos ontológicos, epistemológicos y gnoseológicos de la lingüística hodierna al historiógrafo; es aquí cuando cobra una importancia vital la consideración de la idea de *tradición* a la luz de la doble contextualización.

Toda tradición constituye una colección de textos hasta cierto punto seriada y, a su vez, es parte de una cadena más amplia formada por textos de otros tipos – artes, vocabularios e, incluso, sacramentarios, doctrinales, si los entendemos como ejemplarios extensos, por ejemplo en la tradición misionera. No se trata de series disyuntas sino de elementos que completan la visión de la historia de la lingüística.

Teniendo como referencia las características señaladas por Hassler (2003), una tradición entendida como conjunto seriado se caracteriza por obras que tratan el mismo asunto bajo un modelo claro y declarado explícitamente en algunas ocasiones, un objetivo generalmente común definido en torno a fines más o menos claros, gestadas en condiciones comparables y en un contexto de relaciones inmediatas – sociales, culturales, etc. – semejante.

Los textos que surgen responden a grandes rasgos a características particulares, como, por ejemplo, estructura similar, homogeneidad de contenidos, aplicación (con variaciones) del modelo, presencia de lenguas de referencia, relevancia de la traducción, similar método de codificación, de enseñanza-aprendizaje de lenguas, etc. Además, en algunas ocasiones pueden constituir lo que Hassler (2003) denomina una serie metodológica, es decir, aquella que mantiene un paradigma – no se lea, en principio, como la noción de paradigma kuhniana – y una terminología común; por oposición, señala esta investigadora las series pragmáticas que, centrándose en un problema compartido y diferenciado en un ámbito más amplio, no siguen un método común. En muchas ocasiones, cualquiera de estos textos “se sitúa en el cruce entre un tipo de discurso y una serie de textos, y que el investigador tiene que estudiar los dos para darse cuenta de la individualidad del texto” (HASSLER, 2003, p. 562). Pero, además, el punto de partida de un discurso seriado, generalmente un texto que se constituye en referencia, se convierte en el texto modelo y se refuncionaliza, adquiriendo significados nuevos en contextos nuevos.

En ocasiones, los autores de estos objetos culturales reconocen la tradición previa. De este modo, esta se constituye como parte de los “presupuestos del comprender”, como los denomina Lledó (1991) – la tradición, la voluntad, la falta de libertad en la interpretación, la filosofía de la sospecha, el *logos*, el supuesto mundo primitivo. Pero, además, observa que la tradición nacida de la proyección de los intereses teóricos del lector a un conjunto de problemas heredados se compromete en la gestación de estos objetos culturales; esta situación es idéntica para el que genera las fuentes primarias y para aquel que, desde el quehacer historiográfico, se dispone a estudiar, comprender e interpretar esas evidencias.

En nuestra concepción de la historia de la lingüística y de la idea de *tradición* adquieren una gran importancia las nociones de dinamismo y sistema. La condición dinámica ya ha sido notada en diversos estudios (cf., por ejemplo, KOERNER, 1989, p. 47 et seq.; SWIGGERS, 2004, 2006, 2009). No obstante, estamos de acuerdo con la apreciación de Swiggers (2006) de que, en muchas ocasiones, esta idea de dinamismo ha sido interpretada como la consecuencia natural de la progresión temporal o de los cambios en el acuerdo de los investigadores – individuales o colectivos. Esto ha tenido como consecuencia una concepción quizá excesivamente monolítica de la dinamicidad de la historia de la lingüística y del concepto *tradición*.

De todo lo dicho se deriva también que nuestros objetos de estudio añaden a su dinamicidad un carácter multifacetado. El objeto cultural resultante en un momento determinado, decíamos, está condicionado por otros elementos que, en su mayor parte, también son dinámicos; evitamos el uso del término “determinado” para alejarnos de cualquier posición fuerte y poder trabajar con la idea de que estos elementos dinámicos no determinan en el sentido de la física, sino que influyen de diversas maneras en el resultado final del proceso creador de

objetos culturales de carácter lingüístico, evidencias en la reconstrucción de una historia *coherente* de la lingüística.

Así pues, nuestro objeto de estudio es complejo y, por tanto, resultado de una multiplicidad de factores de carácter diverso en potencial interacción. Esta heterogeneidad se manifiesta en todos los niveles de organización, esto es, desde el intratexto hasta la historia de la lingüística como un todo, pasando por la constitución de series de textos, tradiciones, etc. e, incluso, en las interpretaciones que de tales objetos se han realizado y se construirán en cualquier punto de su historia. En el reconocimiento de conjuntos con cierta homogeneidad – las tradiciones, por ejemplo – se expresa el hecho de que se trata de complejidades localmente organizadas en las que sus componentes se antojan, como se señala en la teoría de sistemas dinámicos, “*coordinated to an exquisite degree*” (THELEN; SMITH, 1994, p. 52).

Es evidente que tales sistemas no son azarosos sino que se ordenan, con cierto grado de entropía, en torno a diversos elementos que funcionan a modo de atractores – dinámicamente estables – y que definen los grados de libertad existentes en el sistema que se configura – adaptación de los conceptos, asunción o rechazo del modelo, etc. El ingente proceso de gramatización a partir del Renacimiento o la configuración de las tradiciones es el resultado de estas relaciones entre elementos a niveles diversos.

Este modo de enfrentarse a los textos explica por qué los modelos de cambio científico no resultan totalmente satisfactorios en su aplicación al estudio de las tradiciones en la historia de la lingüística. Esta matriz dinámica asume desde el principio que no todos los cambios son bruscos sino que los diversos parámetros que co-condicionan el sistema pueden cambiar de forma gradual. Esta idea fue muy bien representada, aunque sin captar el aspecto dinámico más que en una dimensión, por Swiggers (2004, 2006) en su modelo de capas de ladrillos superpuestas en las que los límites entre ellos no están alineados.

En nuestra opinión, esto nos enfrenta al abandono de una perspectiva extensionalista y, como señala este investigador, a la necesidad de asumir que nuestra investigación debe reconstruir “*contenidos significativos*” como solución a lo que denomina “*problema de la definición del campo*”:

*[...] el historiógrafo de la lingüística no solamente tiene que investigar y estudiar, a través de textos descriptivos y teóricos, “ideas” lingüísticas en su contexto social, cultural y político-económico, sino que el historiógrafo tiene que reflexionar también sobre el (posible) condicionamiento de estas ideas, y tiene que ras-
trear problemas que se desbordan del cuadro de investigación directo [...].*

La historiografía de la lingüística pues se puede definir como el estudio (sistemático y crítico) de la producción y evolución de ideas lingüísticas, propuestas por “actantes”, que están en interacción entre sí y con un contexto sociocultural y político y que están en relación con su pasado científico y cultural (SWIGGERS, 2004, p. 115-116).

Esta concepción implica, como vemos, que el objeto cultural surge de la interacción de una variedad de subsistemas que interactúan entre sí y cuyo resultado es la emergencia de otro sistema también cambiante cuya comprensión en el futuro depende de un proceso igualmente dinámico, la interpretación. Adviértase, no obstante, que, como observa muy acertadamente Turchin (2003, § 1.3),

el resultado de un análisis de este tipo resulta en modelos que conllevan, como no podía ser de otro modo, cierto grado de artificialidad.

No en vano, el propio establecimiento de una periodización, supone una idealización puesto que *“toute division d’un ensemble continu (multidimensionnel) implique une certaine trahison à l’égard de cet ensemble”* (SWIGGERS, 1983, p. 69). Pero, además, la integración en una tradición, la obediencia o desobediencia a determinados objetivos o la aplicación del concepto de escala ya suponen someter la interpretación de los objetos de estudio a una determinada perspectiva. No obstante esto, el trabajo historiográfico no cae en el relativismo absoluto. Así, en la concepción de la historia de la lingüística como dinámica articulada, si bien los modelos simplifican los hechos históricos, *“the value of any model should be judged only against alternatives”* (TURCHIN, 2003, p. 3) o, en otras palabras, “el objeto del análisis no son tanto las causas de las conductas en sí cuanto la normalización de una forma de comportamiento en el seno de un sistema coherente que explica dicho comportamiento, sus funciones y su modo de actuar” (LEVI, 1993, p. 135).

Por otro lado, la naturaleza del objeto que nos disponemos a analizar nos obliga a incluir junto con el concepto “dinamismo” el de “sistema no-lineal”. Turchin (2003, p. 3) ya hace referencia al hecho de que los *“dynamic phenomena are typically characterized by nonlinear feedbacks, often acting with various time lags”*.

De estas características de los objetos culturales, concretamente de aquellos que tienen carácter lingüístico, ya han dado cuenta los historiadores de la lingüística. Koerner (1989, p. 47 et seq.), por ejemplo, señala este carácter en el *Discontinuity-vs.-Continuity Model*. Este está presente también en el *Relative-Progress Model*, resultado de la abstracción de aquel y del modelo de péndulo. En este mismo trabajo, el factor continuidad/discontinuidad queda integrado en su propio modelo, que, a diferencia del de progreso relativo, también incluye factores extralingüísticos.

También Swiggers (1990) se percata de esta condición de la historia de la lingüística. Así, junto con el carácter multidimensional del objeto, este presupuesto le sirve de fundamento para afirmar que podemos acercarnos a las evidencias desde modelos descriptivos diversos:

[...] various descriptive models are applicable to the history of linguistics, precisely because the history of linguistics has a multidimensional aspect. Linguistic history is not a matter of an evolution of ideas along one time axis, but it is a complex bundle of developments (of ideas and of techniques) along various time axes (SWIGGERS, 1990, p. 27).

En un trabajo posterior, realiza ya una definición de la historia de la lingüística como “el conjunto cronológico y geográfico de los acontecimientos, los hechos, los procesos de conceptualización y de descripción, y los productos que han moldeado tradiciones de pensamiento y de quehacer lingüísticos” (SWIGGERS, 2009, p. 68-69). Es evidente que en esta definición da cuenta tanto de la dimensión dinámica como de la complejidad. Señala tres razones para apoyar tal explicación (SWIGGERS, 2009, p. 69):

1. La existencia de tradiciones diversas “por su emergencia y su desarrollo, por su dinámica interna, por su carácter abierto o cerrado con respecto a

otras tradiciones, por los tipos de abarcamiento frente al fenómeno del lenguaje, y por la focalización en áreas particulares del estudio de lenguas”.

2. Encontramos un tejido de acontecimientos personales, sociales, culturales, etc. “de quehaceres centrados en las lenguas en sí mismas o como medios para ciertos fines [...] de reflexiones y procesos conceptuales que son subyacentes a varios tipos de actividad científica”.
3. Una gran variedad de productos lingüísticos: descripciones, manuales, modelos de análisis, etc.

Los presupuestos señalados hasta este momento entrañan, como ya se habrá percatado el lector, numerosos problemas en el ámbito metahistoriográfico. Esto es especialmente evidente si pretendemos, como se señala en la mayoría de los trabajos de esta índole, elaborar un modelo operativo de investigación.

Aunque Swiggers, Desmet y Jookken (1998) no indican cuál es su origen, señalan las siguientes dificultades:

- la periodización;
- los términos utilizados para hacer referencia a cortes en los procesos: continuidad/discontinuidad, progreso/decaimiento/estabilización, avance, crecimiento, anticipación/reminiscencia, tradición/revolución, horizonte de retrospección, programa, etc.;
- aquellos que nombran cortes o configuraciones internas: círculo, grupo, escuela, paradigma, serie, núcleo, etc.;
- los que indican relaciones entre agentes: influencia, préstamo, desarrollo paralelo, obediencia, centralidad/marginalidad, liderazgo, antagonismo, etc.;
- los que describen objetos historiográficos y su situación en una secuencia histórica: teorías, modelos, principios, descubrimiento, innovación, recurrencia, consecuencia, aislamiento, etc.

No se nos oculta tras la reflexión previa que su germen se encuentra en el carácter multidimensional, complejo, dinámico y no-lineal con el que se ha de enfrentar el historiador de las (sub)disciplinas lingüísticas en la definición de determinados conceptos. Todos ellos han de ser reinterpretados a la luz de los conceptos de *sistema dinámico no lineal* y de *multidimensionalidad* a los que nos hemos referido con anterioridad. Hemos de incluir, además, los que proceden de la dinámica propia del objeto cultural con respecto a los sistemas culturales, sociales, etc. de su tiempo, aquellos que condicionan de un modo u otro su investigación desde el presente y, por supuesto, los que desde la propia lingüística han afectado al objeto concreto de estudio. En definitiva, la cuestión de la complejidad, el dinamismo y la no-linealidad impregna tanto a las cuestiones de carácter intra como extralingüístico en la interpretación histórica de los textos y en la determinación de las tradiciones.

En resumen, la caracterización del proceder historiográfico que hemos efectuado se ajusta a la aproximación que, desde una perspectiva matemática, abordan Thelen y Smith (1994, p. 49):

This is a relatively new science that discards simple cause-and-effect models, linearity, determinism, and reductionist analysis. Instead, it is a science for systems with a history, systems that change over the time, where the novelty can be created, where the end-state is not coded anywhere, and where behavior at the macrolevel can, in principle, be reconciled with behavior at the microlevel [...].

This means that systems of different levels of diversity and complexity, and whose constituent elements are completely dissimilar, may share general modes of behavior. Reductionist approaches, in contrast, seek the essence of a system in a unique and privileged component of that system.

REFERENCIAS

- BURKE, P. Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro. In: _____. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1993. p. 13-38.
- CHARTIER, R. *El mundo como representación*. Estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa, 1992.
- CRUZ, M. *Filosofía de la historia*. Madrid: Alianza, 2008.
- DUQUE, F. Historia e historicidad en el existencialismo y la hermenéutica. In: MATE, R. (Ed.). *Filosofía de la historia*. Madrid: Trotta, 1993. p. 139-166.
- ESPARZA TORRES, M. A. Sobre metalenguaje e historiografía lingüística. In: GONZÁLEZ RUIZ, R.; CASADO VELARDE, M.; ESPARZA TORRES, M. A. (Ed.). *Discurso, lengua y metalenguaje*. Balance y perspectivas. Hamburg: Helmut Buske Verlag, 2006. p. 63-87.
- ESTANY, A. *Modelos de cambio científico*. Barcelona: Editorial Crítica, 1990.
- HASSLER, G. Textos de referencia y conceptos en las teorías lingüísticas de los siglos XVII y XVIII. In: ESPARZA TORRES, M. A.; FERNÁNDEZ SALGADO, B.; NIEDEREHE, H. J. (Ed.). *SEHL 2001. Estudios de Historiografía Lingüística*. Actas del III Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística. Vigo, 7-10 de febrero de 2001. Hamburg: Helmut Buske Verlag, 2003. v. 2, p. 559-586.
- HAWKING, S.; MLODINOW, L. *El gran diseño*. Barcelona: Crítica, 2010.
- KOERNER, E. F. K. Towards a historiography of linguistics: 19th and 20th century paradigms. In: PARRET, H. (Ed.). *History of linguistic thought and contemporary linguistics*. Berlin: Walter de Gruyter, 1976. p. 685-718.
- _____. Das Problem der Metasprache in der Sprachwissenschaftsgeschichtsschreibung. In: _____. *Zur Theorie und Methode der Geschichtsschreibung der Linguistik*. Tübingen: Gunter Narr Verlag, 1987. p. 62-80.
- _____. *Practicing linguistic historiography*. Amsterdam: John Benjamins, 1989.
- _____. The problem of metalanguage in linguistic historiography. *Studies in Language*, v. 17, n. 1, p. 111-134, 1993.
- LABORDA, X. Paradojas procedimentales y declarativas de la Historiografía. In: ESCAVY, R.; HERNÁNDEZ TERRÉS, M.; ROLDÁN, A. (Ed.). *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística*. Nebrija V Centenario. Nebrija y otros temas de Historiografía Lingüística. Murcia: Universidad de Murcia, 1994. v. III, p. 321-344.

- LEVI, G. Sobre microhistoria. In: BURKE, P. (Ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1993. 119-143.
- LLEDÓ, E. *El silencio de la escritura*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.
- LÓPEZ ALONSO, C.; SÉRE, A. *La lectura en lengua extranjera*. El caso de las lenguas románicas. Hamburgo: Helmut Buske Verlag, 2001.
- MORADIELLOS, E. *Las caras de Clío*. Una introducción a la Historia. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, 2001.
- ROSSI, P. *Las arañas y las hormigas*. Una apología de la Historia de la Ciencia. Barcelona: Crítica, 1990.
- SCHÖKEL, L. A.; BRAVO, J. M. *Apuntes de hermenéutica*. Madrid: Trotta, 1997.
- SWIGGERS, P. La méthodologie de l'historiographie de la linguistique. *Folia Linguistica Historica*, v. IV, p. 55-76, 1983.
- _____. La construction d'une théorie de l'historiographie de la linguistique: quelques réflexions méthodologiques. In: AUROUX, S. (Ed.). *Matériaux pour une histoire des théories linguistiques*. Lille: Presses Universitaires de Lille, 1984. p. 15-21.
- _____. Reflections on (models for) linguistic historiography. In: HÜLLEN, W. (Ed.). *Understanding the historiography of linguistics*. Problems and projects. Symposium at Essen, 23-25 Novembre 1989. Münster: Nodus, 1990. p. 21-34.
- _____. L'historiographie des sciences du langage: intérêts et programmes. In: BAHNER, W.; SCHILDT, J.; VIEHWEGER, D. (Ed.). *Proceedings of the Fourteenth International Congress of Linguists, Berlin/GDR, August 10-August 15, 1987*. Berlin: Akademie-Verlag, 1991. p. 2713-2716.
- _____. Modelos, métodos y problemas en la historiografía de la lingüística. In: CORRALES ZUMBADO, C. et al. (Ed.). *Nuevas aportaciones a la historiografía lingüística*. Actas del IV Congreso Internacional de la SEHL. Madrid: Arco, Libros, 2004. v. I, p.113-145.
- _____. Another brick in the wall. In: NOORDEGRAAF, J.; VONK, F.; VAN DER WALRED, M. (Ed.). *Amicitia in Academia*. Composities voor Els Elffers. Münster: Nodus, 2006. p. 21-28.
- _____. La historiografía de la lingüística: apuntes y reflexiones. *Revista Argentina de Historiografía Lingüística*, v. 1, n. 1, p. 67-76, 2009.
- SWIGGERS, P.; DESMET, P.; JOOKEN, L. Metahistoriography meets (linguistic) historiography. In: SCHMITTER, P.; VAN DER WAL, M. (Ed.). *Metahistoriography. Theoretical and methodological aspects of the historiography of linguistics*. Münster: Nodus, 1998. p. 29-59.
- TESO, E. del. Contexto, variación conceptual y valores semánticos. *Moenia*, v. 9, p. 75-103, 2004.
- THELEN, E.; SMITH, L. B. *A dynamic system approach to the development of cognition and action*. Cambridge: MIT Press, 1994.
- TURCHIN, P. *Historical dynamics*. Why states rise and fall. Princeton: Princeton University Press, 2003.

VILLACAÑAS, J. L.; ONCINA, F. Introducción. In: _____. (Ed.). *Reinhart Koselleck. Hans-Georg Gadamer. Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1997. p. 9-53.

YTURBE, C. El conocimiento histórico. In: MATE, R. (Ed.). *Filosofía de la historia*. Madrid: Trotta, 1993. p. 207-228.

ALONSO, M. C. Multidimensionalidade, complexidade e dinamismo em historiografia linguística e em sua definição do conceito *tradição*. *Todas as Letras*, São Paulo, v. 14, n. 1, p. 71-86, 2012.

Resumo: *Por meio do conceito de “tradição”, o autor discute aspectos metodológicos decorrentes da dupla perspectiva da investigação historiográfica em ciências da linguagem: aquela em que se insere o objeto cultural que se pretende analisar e aquela em que se insere o investigador.*

Palavras-chave: *metodologia da historiografia linguística; tradição; textos em escala.*

Recebido em março de 2012.

Aprovado em março de 2012.